

Breviario de

Santana

Fernando Herrera Gómez

*Y aquí principia, en este torso de árbol,
en este umbral pulido por tantos pasos muertos,
la casa grande entre sus frescos ramos.
En sus rincones ángeles de sombra y de secreto.*
Aurelio Arturo

EL TRACTOR

Es un viejo Massey Ferguson del año 65. Llegó a la hacienda después de un litigio. Ha hecho maldecir a quienes lo utilizan todo lo que no está escrito. Es de un torpe color rojizo y está destartado, pero sin embargo funciona. Arrastra los arados, las cosechadoras y los remolques, aunque de tanto en tanto se descomponga. En lo anacrónico, en lo altivo y digno de su deterioro, tiene un alma que se parece a la de Santana. Se oye el martillar desacompañado de sus válvulas cada vez que llega a su refugio en el extremo averiado del granero. Cuando abastecen su depósito, los visos azulosos del combustible diesel hacen pensar en la delgada miel de caña que se les da a los animales.

REX

Es joven. Era el compañero de Gos, pero se quedó solo. Algo de pastor alemán y de labrador tiene en su sangre. Es afectuoso sin abundar en expresiones, lo que hace que se le quiera más. Resulta imposible pensar en una caminata o una cabalgata en Santana sin su compañía. Va corriendo al lado, oliendo todo lo que puede y dejando “su líquida tarjeta de visita”. Jamás entabla peleas con los otros perros que salen a retarlo, pero no se deja amilanar por ninguno. Le gusta bañarse en los arroyos. Mete medio cuerpo entre el agua, manotea, bebe, juega y de pronto sale chorreando y se sacude salpicándolo todo. Tiene algunas cicatrices en la cara, rayones oscuros, máculas que hablan de sus correrías nocturnas, de sus incontables batallas de amor.

LOS CUADROS DE FONSECA

No son paisajes de gran factura. Los follajes de los árboles y las nubes con frecuencia quedaron burdos; hay demasiada solidez en el chorro de agua que debería ser liviano y gracioso, el perfil de las bestias es una silueta torpe, pero su intención al pintarlos fue amorosa. Él dejó consignado un retrato a retazos de lo que fueron estos territorios hacia mil novecientos cuarenta y cinco, y del frío de su aire. En varias habitaciones de la casa vemos sus versiones de la hacienda: Damasco, un monumental toro normando, en medio de un pasto de brochazos entre verdes y amarillos; Antifaz, un caballo que lleva cabestro con un fondo de montañas y nubes aborascadas; la represa en medio de unas masas verdes de maleza; un camino bordeado de árboles de rígido penacho inclinado que deben ser los vetustos eucaliptos de hoy en día. Me alegra saber que alguien antes que yo hubiera nombrado también, a su manera, a Santana.

LA CASA

Para quien llega por la carretera que hace un par de curvas en el trayecto de medio kilómetro que hay desde la portada, la casa de Santana queda un poco hacia la izquierda; la entrada principal es por el patio. Aparece de frente con sus dos aguas en los extremos y en el centro el techo que se inclina. Está cubierta de antiquísimas tejas de barro cocido revestidas de líquenes y musgos. Es de tapias pintadas de algo que una vez fue blanco y con las puertas y ventanas de un azul desvaído. Desde lejos se ve entre el jardín, con su am-

plio corredor de columnas de madera terminadas en arcos ornamentados con labrados y su chambrana; las puertas recargadas de listones y dinteles como de filigrana. Está medio oculta entre las plantas, y al mismo tiempo por todas partes invadida de materas con geranios, unas suspendidas del techo, otras en los postes y en el piso en toda suerte de soportes de hierro. En el corredor hay cinco puertas que dan a las distintas habitaciones y adentro, en el centro, otro patio, también colmado de macetas.

JUANITO

De madrugada puede oírse el tintineo de los arneses junto con el estruendo de la carreta metálica que sale por el camino a dejar las cantinas de la leche en la portada. Juanito es el caballo que tira de la carreta. Es un potro percherón de color oscuro entre castaño y moro, de patas gruesas y peludas y de cuello colosal. No hace mucho lo trajeron. Es de una nobleza y mansedumbre extraordinarias que sólo se altera cuando alguna yegua pasa cerca y entonces relincha con vigor abriendo los ollares. Me tocó ver cómo lo pusieron a tornear en el bramadero una tarde. Alcanzó a golpearse mientras se acostumbraba, pero en cosa de media hora ya sabía girar en ambos sentidos con la mayor naturalidad; luego, poco a poco, fue aprendiendo y en algo más de una semana ya estaba tirando de la carreta. Hay que ver con qué energía trabaja en el campo, cómo levanta las manos rítmicamente y enarca el cuello majestuoso mientras arrastra tras de sí los pesados instrumentos de labranza.

EL GRANERO

Es una construcción alta de gruesos muros, hecha de adobes de barro crudo con dos hileras de minúsculas ventanas laterales y cubierta con tejas oxidadas de zinc en dos aguas. De un lado está burdamente encajada y en el otro lado se ven desnudas las tapias. Ya no se muelen en Santana ni trigo, ni avena, ni cebada, de tal manera que su destino original hace tiempos no lo cumple. Hoy guardan en él un arrume de cajones en los que funcionaron colmenas de un apiario que también dejó de existir, madera de los árboles que talan de tanto en tanto y que van utilizando en distintos menesteres. Uno de los extremos se ha ido desmoronando y tiene un gran boquete ya sin muro. Allí guardan el viejo tractor y los arados. Adentro la trama de las vigas - armada con palos redondos - está negra de hollín, al parecer por una antigua forma de inmunizar la madera. Es albergue de ratones cerealeros y los gorriones y las golondrinas a veces anidan en su interior. El viento silba en los filos de las tejas metálicas y de pronto se oyen caer con estrépito las bellotas de los eucaliptos cercanos. De resto el granero es fresco, oscuro y silencioso.

LOS GANSOS

Siempre han estado en Santana. Se les ve a veces a lo lejos en los potreros comiendo pasto. Otras, plácidos, quietos en el agua serena, o espulgándose las plumas bajo el sol, o chapoteando, jugueteando, alborotando y removiendo el agua en el estanque. Ahora

no son tantos, aunque pasan de una docena. Antes hubo más de cuarenta, pero un día desaparecieron. Dicen que se los llevó el río. Van en parejas con su andar torpe y cómico que los hace moverse de un lado para el otro y, si nos aproximamos, ellos bajan el cuello abriendo el pico y graznando amenazantes en señal de molestia por nuestra cercanía. De pronto deja de verse una gansa durante días y en el momento menos esperado, entre los matorrales de la isla del lago, al pasar por allí, se siente un soplido seco y vemos entonces a la gansa llena de furia defendiendo el nido y los huevos que empolla. En la noche ante cualquier intruso, puede oírse el graznido de alarma de la parvada y es como si alguien impulsara una pesada puerta haciendo sonar sus goznes oxidados.

PARTO

De pronto amanece una vaca con su cría temblorosa al lado: un ternero frágil, de pasos inseguros que busca con torpeza la ubre rosada y caliente, y la madre aprensiva que no puede apartarse de su hijo, girando desconcertada, bramando con afán. Pero también a veces los partos son riesgosos, sufre el animal que se echa en la tierra y se levanta enseguida, buscando que la cría se acomode mejor para salir. Llega quien está al cuidado, examina, consulta el libro de apuntes, hace sus cálculos, y toma la determinación. Vuelve entonces con un balde de agua y desinfectante, saca de él una cadena que introduce por la vulva de la vaca. Al comienzo se asoman apenas las pezuñas del animal, pero luego,

con el repetido movimiento de quienes tiran, va saliendo hasta caer, envuelta en babaza, la cría palpitante. Pronto se incorpora dubitativa, mientras la madre la peina con la lengua despojándola de las viscosas membranas con las que viene acompañada del acuático sueño de la gestación. Y luego, con la ubre hinchada y plena de calostro, inicia la vaca su huérfana maternidad burlada.

LA OSCURIDAD

Nada como dormir en la oscuridad profunda y el total silencio. La noche del campo, poblada de pequeñísimos trazos de insectos, de insistentes grillos lejanos, de aleteos de chapolas y del caer de hojas solitarias sobre las tinieblas blandas. La sombra imperiosa de una alcoba cerrada con puertas y ventanas de postigos de madera. Y al abrir los ojos cómo acoge la reconfortante bastedad de la negrura, los inexistentes muros, los techos de blanca cal hiriente. Así las noches de Santana. Y al amanecer, los segmentos del día dando a la penumbra su luminosa geometría.

EL AMOR EQUINO

Mucha cautela se ha tenido para que el joven caballo padrón esté aislado de las yeguas. ¡Ah! Pero ellos han sido guiados por la razón más poderosa y en mitad de la noche se oyen sus relinchos, quejidos y zozobras, sus urgencias obligantes que ignoran sogas y barreras. Al asomarnos, oímos desde el

corredor el deleitable sonido acuático de la cópula, el agua densa y recóndita de la simiente sagrada que abunda y cae también sobre el suelo de Santana.

LAS CAPILLAS

El pueblo fue fundado allí, cerca del río. Levantaron las capillas en esa planicie y una edificación vecina que debía servir de casa cural. Pero luego, cuando el agua anegó aquellas vegas, decidieron trasladar la población un poco más allá. Y allí quedaron las construcciones que han resistido los siglos abandonadas en mitad de la nada, en cuyos alrededores a veces pastan las ovejas. Alguna mano piadosa da cal blanca a sus muros cada tanto. En su interior abundan —en medio de la basura— los letreros procaces en las paredes. Ahí están las capillas vecinas a Santana, con su inconfundible marca española de muros burdos e irregulares, con sus techos vencidos y manchados de musgos, abandonadas en el campo verde de impoluto cielo azul, con su desolada hermosura de postal. ■

Fernando Herrera Gómez (Colombia)

Nació en Medellín. Estudió Filosofía y Letras, vivió en París y en California, donde estudió lenguas modernas. Vive desde hace 25 años en Bogotá, donde trabaja como editor de libros de arte. En 2002 fue ganador del premio Cote Lamus con el libro *Sanguinas*. Su compendio 'Breviario de Santana', que reúne sesenta poemas, lo hizo merecedor del premio nacional de poesía del ministerio de cultura 2007.